

# Tecnócratas y demócratas

Ignacio Sotelo (\*)

No soy amigo de polémicas y mucho menos en las fiestas navideñas. Además, en un mundo como el español, en el que sólo se cosecha indiferencia, cualquier alusión crítica se agradece de veras. Pienso, sin embargo, que el artículo que Roque Vivanco publicó en D16 hace unos días comentando uno mío anterior merece respuesta: el tono, los malentendidos que acumula, así como sus supuestos implícitos, me parecen tan característicos que valdría la pena analizarlos con algún detalle.

El lector tal vez recordará que en el artículo de marras, «Suárez, el último obstáculo», me limitaba a expresar tres ideas, por lo demás bastante obvias. Primero, señalaba una distinción básica, aunque ciertamente no demasiado innovadora, entre el político demócrata que aspira al Poder para llevar a cabo una política que considera beneficiosa para el mayor número, con el apoyo y el consentimiento activo de la mayoría, y el político nato, que quiere el poder por sí mismo, dispuesto, por tanto, a ejercerlo para cualquier fin que le permita seguir en el machito, ya con el apoyo del dictador de turno, si se presta, ya con el de la mayoría, si se necesitase. Segundo, que en el periodo de transición, y dadas las características específicas de la reforma política, el señor Suárez ha prestado valiosos servicios en un periodo en que difícilmente cabía fuese sustituido. No olvidemos que el señor Suárez fue nombrado presidente según las normas del régimen fenecido, y que en las elecciones del 15 de junio, a pesar de las indudables ventajas que supone acudir a las urnas desde el Poder, no consiguió la mayoría absoluta en el Congreso. Si continuó al frente del Gobierno fue debido al vacío jurídico que caracterizó a la transición. La oposición toleró, y aun apoyó en múltiples ocasiones al Gobierno del señor Suárez, con el afán prioritario de conseguir una Constitución pactada que permitiera salir de la predemocracia. Tercero, aprobada la Constitución, no se acaba el proceso democrático, sino que cabalmente empieza. La democratización de las instituciones más altas del Estado no es sino el primer paso para una progresiva democratización de la sociedad y de la Admi-

nistración pública. Las cualidades del señor Suárez, que fueron útiles en el periodo de transición, no son las que cabe esperar de un jefe de Gobierno, que tendría por misión consolidar, desarrollando la democracia. Evidentemente, al señor Suárez le faltan credibilidad y talante democráticos para poder convertirse en el artífice de una nueva democracia española.

## Machadas

Pues bien, a don Roque Vivanco le parecen estas ideas, no por modestas, menos dignas de discusión, «machadas que pasan por sesudos planteamientos, sin que a primera vista se note que son simplemente eso, machadas». Ya se sabe que con «esto de la democracia» la gente suele salirse del tiesto, diciendo hasta al lucero del alba cuatro verdades que antes no solían leerse en el periódico. Sin aportar el menor razonamiento que pudiera convencernos de la falsedad de mis tesis, empieza despachándolas como meras baladronadas: ahí es nada pensar que el presidente no es la persona adecuada para regir los destinos del país en el momento actual y además atreverse a publicarlo.

Se trata, pues, de desenmascarar en lo que aparenta ser «sesudos planteamientos» su verdadero carácter de «machada», para ello, el señor Vivanco se ve obligado a operar ciertas transformaciones de mis tesis, que estimo reveladoras.

En primer lugar, mi distinción elemental entre el político demócrata que aspira al Poder «en función de un programa político, a su vez expresión de una ideología y de una concepción de la vida» al servicio de la mayoría y exigiendo el control de la misma, y el político que sólo quiere el poder por el poder mismo, la transforma el señor Vivanco en otra bien distinta: por un lado está el político profesional, apasionado del Poder, y por otro el político aficionado, el lírico de la política, a quien interesan otras cosas además del Poder y por encima del Poder.

## Conclusiones

Algunas conclusiones van implícitas en tan peculiar distinción: primero, se ignora la posibilidad de poder encontrarnos con un políti-

co de profundas convicciones democráticas que sea a la vez un buen profesional. Segundo, se elimina el mundo de las ideas —el fin de las ideologías— de la actuación política; que los filósofos piensen y los políticos manden, como exige la división del trabajo de un mundo totalmente tecnificado. Tercero, si la profesionalidad «se adquiere y consolida con el ejercicio del Poder», en nuestro país, después de cuarenta años de dictadura, no hay otros políticos profesionales que los que provienen del franquismo. El demócrata se descalifica por su condición de «diletante».

Si el «joven franquista» que hoy preside el Gobierno no es el hombre adecuado para desarrollar la democracia, entonces habría que destituir hasta el último funcionario que sirvió en la Administración del Estado durante la época franquista; la lógica, naturalmente, brilla por su ausencia. Cabría suponer que hasta el señor Vivanco sería capaz de distinguir entre la Administración y el Gobierno, entre la credibilidad democrática que cabe exigir a un presidente del Gobierno encargado de desarrollar la democracia y la neutralidad política propia del funcionariado.

El señor Vivanco aprovecha la ocasión de arremeter contra mi artículo para solidarizar a los cientos de miles de funcionarios con el actual presidente, como si no tuvieran más que un solo destino, apoyar a Suárez o caer con él. No, don Roque, ni todos los funcionarios públicos de Franco fueron franquistas ni nadie prevé una depuración de los cuerpos del Estado, simplemente porque aspire a que el Gobierno lo presida un demócrata de verdad. A lo mejor esto no le viene mal a la democracia que queremos construir los demócratas. Otro tema sería si la democracia es buena y la democratización de la sociedad y del Estado una tarea por la que valga la pena luchar; en este punto caben distintas opiniones, todas respetables, pero no hay vacío político más tenebroso que el que se apoya en la mentira. Por lo menos, habría que acostumbrarse a llamar a las cosas por su nombre y empezar a distinguir entre democracia y tecnocracia.

(\*) De la Universidad Libre de Berlín. Militante del PSOE.

D16  
4-7-79